

Misceláneas

¿Tiempo de aguante?

María Gabriela Mata Carnevali

Las revoluciones nunca aligeraron el peso de la tiranía, sólo lo pusieron sobre otros hombros.

George Bernard Shaw.

Manual del revolucionario

En los pueblos atrasados y dormidos, aquellos que según la definición de Spengler son más naturaleza que cultura, en los llamados pueblos *felahs* porque se les compara con aquellos campesinos del Valle del Nilo que habían perdido la memoria de su pasado y que sin acordarse de sus reyes y sus potentes dinastías, trezaban juncos o recogían la cosecha eventual con que los obsequiaba el limo fértil después de las grandes crecidas del río, el tiempo no apremia ni parece correr, pues los seres ignoran como imponerle su voluntad. En Venezuela, de acuerdo con Mariano Picón Salas (1987: 225-231), durante los gobiernos de Castro y Gómez estuvimos “dormidos”, es decir, tuvimos una dimensión puramente “campesina” del tiempo ya que el “aguante” y no la voluntad de cambio se adueñó del espíritu de la nación. Sin embargo, pudiéramos decir que por encima de ese tiempo rutinario e inerte empezaba ya a soplar un agresivo viento de historia moderna.

Según nos cuenta Manuel Alfredo Rodríguez en el prólogo del libro de Irene Rodríguez, *Venezuela entre el ascenso y la caída de la Restauración Liberal* (1980):

* Este artículo se terminó en julio de 2008, se dio para su evaluación en septiembre de ese año y se aprobó en enero de 2009.

** Licenciada en Estudios Internacionales (UCV) y en Comunicación Social, Universidad Cecilio Acosta. Magister en Ciencias Políticas (ULA). Diplomado en Comunicación para el Desarrollo, Indian Institute of Mass Communications, Jawarharlal Nehru University (New Delhi, India). Miembro del Centro de Estudios de África y Asia “José Manuel Briceño Monzillo” (CEAA-ULA).

Con el advenimiento el siglo XX se inicia en Venezuela el predominio político del Táchira y el resto de los Andes —la llamada “causa andina”— al tiempo que fenece la hegemonía ejercida desde 1863 por el partido liberal histórico amarillo. El 23 de mayo de 1899 el insurgente Cipriano Castro cruzó la frontera colombo-venezolana, ingresó a territorio tachirenses y en Capacho Nuevo o Independencia se proclamó Jefe de la Revolución Liberal Restauradora. El siguiente 23 de octubre el aguerrido montañés se alojaba en la Casa Amarilla de Caracas y “como ya estaba pactado” —dice el acta de estilo— fue proclamado Jefe Supremo de la República con el asentimiento y la rúbrica del general Víctor Rodríguez, sucesor legal del fugitivo presidente Andrade (p.13).

En su opinión, la de Castro resultó la más “cruel y corrupta” de las tiranías hasta entonces padecidas por Venezuela. En apoyo a este criterio aduce su menosprecio a la moral y las libertades públicas, la perversión personal y política de su grupo dirigente y la inhumanidad de sus procedimientos represivos, pues si bien es cierto que los gobernantes paternalistas o autocráticos que lo precedieron aplicaron cárceles y grillos, no practicaron la costumbre de dejar morir en prisión a sus enemigos, ni añadieron al vejamen de los grillos la ignominia adicional del “persogo” o atadura de dos presos con una misma cadena. Lo peor es que el gobierno de Castro no fue sino una especie de calentamiento para el ejercicio más largo, tiránico y brutal de su heredero Juan Vicente Gómez, quien se mantuvo en el poder hasta su muerte acaecida en 1935.

Y los venezolanos “aguantamos”. Dentro de esa concepción casi vegetativa del tiempo, a la que hace alusión Don Mariano (*Op. Cit*), casi nada tenía importancia. Se hablaba vagamente “del año del cólera”, “del año de la gran creciente” “del año del terremoto” o de “la revolución”, cuatro o cinco cosas así, pérdidas y discontinuas en medio del sol y de la lluvia, la plata que se ganó, el deudo fallecido, el becerro que le nació a la vaca sarda... o los familiares o amigos que “aguantaban” en la cárcel el que las vidas se le fueran. Hasta Gómez “aguantaba”. Aguantaba la entrega de la soberanía, por procurar la

percepción de mayores ingresos fiscales con los cuales asegurar la perpetuación de su tiranía. Pero, por encima de ese tiempo rutinario e inerte, empezaba ya a soplar un agresivo viento de historia moderna, y no nos referimos sólo a los cambios que trae consigo el petróleo, que rápidamente desplazó al café y al cacao como principales productos de exportación, sino al fin de los “regionalismos” y al nacimiento de una conciencia nacional democrática.

En el “dividir para reinar” del caudillismo vernáculo, se acentuaba todo recelo o prejuicio regionalista. Monagas favoreció a sus “orientales”, Falcón a sus “corianos”, Crespo a sus “llaneros”, Castro y Gómez, como era de esperarse, a sus “andinos”. Según Carmelo Vilda (1983):

Castro no representa a ninguna burguesía ni intelectualidad. Sus hombres son campesinos andinos que lo siguen impulsados por las idénticas aspiraciones que estimulan siempre a los peones cuando deciden enrolarse en aventuras caudillescas. Pero Castro es astuto y piensa que ha llegado la hora de crear el “ejército nacional” como base de un estado fuerte y centralizado (p.36).

Lo conseguirá su compadre Gómez. La verdad es que consigue esto y más.

Cuando Gómez asume el poder en 1908, Venezuela es país agrario. Extensos hatos explotados con tecnología deficiente y enormes haciendas de café o cacao proporcionan las únicas fuentes de capital. El magro presupuesto proviene de las rentas aduaneras que genera su exportación. Gómez, al querer estimular el desarrollo económico se esfuerza por alcanzar lo que él llamó “estabilidad social y política” y lo logra basándose en la fuerza y “cierta ayuda externa” bautizada por los teóricos del desarrollo como “dependencia”. Al contrario de Castro, siempre se entendió bien con las potencias extranjeras y a partir de 1912 éstas disfrutaban de incomparables ventajas en la naciente explotación petrolera. El tránsito de una economía agrario pastoril a la de grandes explotaciones petrolíferas destruyó la vida cerrada de los distritos, creando en torno a los pozos y los taladros, masas obreras unidas en la reivindicación de sus derechos. Esto significó el

fracaso y la definitiva oxidación de los políticos cortesanos, que no se preocuparon por estudiar economía porque su única estrategia fue la de “complacer a los generales”.

Ya para 1928 un grupo de estudiantes se vió empujado a pensar en serio. Del madrigal que cantaban en la coronación de su reina, pasaron a la dialéctica de la represión. Sobre toda la retórica con que entonces se maquillaba, agrietada de dolor y urgencias, la realidad nacional, aquellos jóvenes comenzaron a usar el bisturí. Muchos eran estudiantes de cirugía y rasgando la avasallante propaganda basada en las consignas de orden, paz y trabajo —condiciones ideales para quienes monopolizan las riquezas— se atrevieron a tocar temas incómodos como el analfabetismo, la miseria y la injusticia social.

Dice Picón Salas (*Op Cit*):

No era de los ancianos caudillos —tan gastados como Gómez— que, cuando más se quedaron en las frases del liberalismo guzmancista, de quienes Venezuela podía esperar el cambio. Era preciso hablar con palabras concretas a tanta gente soslayada y desengañada en el ciclo eterno de las autocracias vernáculas. Había que llevar el adjetivo “social”, el que verdaderamente mueve al pueblo y a la insegura clase media al plano de la política (p. 20).

Y se llevó. La literatura y el periodismo de oposición jugaron, desde antes, un papel fundamental en este sentido. Paralelo al periodismo neutral, condescendiente o vendido al tirano de turno, siempre tuvo Venezuela una prensa batalladora, que escabullía hasta donde se podía la presión del gobierno o la retaba desde la clandestinidad. A veces tuvo que convertirse en hoja volante o folleto, redactado a prisa, escrito con sudor y sangre en vez de tinta. Más que informar pretendía exhortar, desenmascarar, mantener la dignidad de una nación que no se rendía al dictador. Especialmente a partir de 1915 cuando resulta ya imposible hacer algún tipo de oposición y los periódicos hostiles al régimen desaparecen o se refugian en el humor y la ironía, solamente plumas audaces pueden escribir “el espíritu nacional está enfermo y la conciencia dormida” (Pío Tamayo) o “Venezuela sólo en los textos de geografía es una República” (Múñoz Tebar). Pitorreos y Fantoques

de Job Pim (Francisco Pimentel) y Leoncio Martínez (Leo) intentan seguir jugando a la conspiración mediante el humor hasta que paran en la cárcel. (Citados en Vilda, *Op. Cit*). De acuerdo con Jesús Sanoja (1975, El Nacional, 21 septiembre):

En pocos países literatura y periodismo han andado tan de brazos como en Venezuela; en pocos países literatura y periodismo se han mezclado tan íntimamente con la política como en Venezuela; y en pocos países la literatura, el periodismo y la política han sido oficio de perseguidos... de víctimas y victimarios, como en Venezuela.

El mensaje tuvo eco. Según Mariano Picón, (*Op. Cit*):

Cuando en los mítines políticos, después de 1936, se descubrió que el pueblo respondía a consignas más inteligentes, cuando los nuevos institutos y escuelas técnicas rebasaban su abundante matrícula, cuando en un liceo nocturno el hijo de la criada pudo concluir su bachillerato, cuando en las nuevas casas de los campamentos mineros –contra todo perjuicio reaccionario– los trabajadores no destruyeron los baños y conservaron los jardines, se demostró que nuestro pueblo no era inferior a ningún otro...(p. 22).

Y que definitivamente no iba a resignarse en silencio a lo que “descuidadamente les arrojara la vida”.

Como muy bien nos recuerda Rodríguez (*Op. Cit.*), los gobiernos subsiguientes a López Contreras (1935-1941) y Medina Angarita (1941-1945), aunque iniciaron un proceso de reformas, no pudieron deshacerse de la totalidad de la carga heredada, pero permitieron la consolidación de la “oposición”:

...ocurre que el liderazgo político democrático surgió a la vida pública en plan de oposición a Gómez y formó partidos en tiempos de López y Medina para adversar los rezagos castro-gomecistas que persistían en sus administraciones y retrasaban el progreso institucional del país (p. 13).

Este liderazgo sería el que, con apoyo del pueblo, derrote a Pérez Jiménez y conquiste por fin la democracia para Venezuela en 1958.

Hoy por hoy, en medio de la Revolución Pacífica pero armada de Chávez, que ha inflingido graves heridas a nuestra institucionalidad, en medio de la marea roja rojita del mal llamado socialismo del siglo XXI que amenaza con convertirse en una nueva tiranía, no está de más recordar estas dos formas tan distintas de mirar el tiempo: La de aquellos que, como los *felahs*, esperan que llegue la divina crecida del Nilo, se cruzan de brazos o rezan para invocar el milagro del cambio, y la de los que comprenden que éste hay que construirlo, que el tiempo puede ser tarea dirigida, creación de conciencia y voluntad que modifica el letargo, el silencio y la fatalidad.

Bibliohemerografía

Picón Salas, Mariano (1987). “Pueblo e intelectuales” y “El tiempo y nosotros”. *Comprensión de Venezuela*. Caracas: Coordinación de Información y Relaciones de Petróleos de Venezuela.

Rodríguez Gallad Irene (1980). *Venezuela entre el ascenso y la caída de la Restauración Liberal*. Caracas: Ediciones AMON.

Sanoja, Jesús (1975, septiembre 21). “Política y literatura en el periodismo venezolano”. *El Nacional*.

Vilda, Carmelo (1983). *Proceso de la Cultura en Venezuela. Curso de Formación Socio-Política* 30. Caracas: Centro Gumilla.



“Vista de Valera y Sabana Larga”. En Ferdinand Bellerman.
Diarios venezolanos. 1842.1845. Caracas: Galería de Arte Nacional. 2007, p. 228.